

(G)astronomía en la cima de Barcelona

menage-a-dos | Junio 16, 2013

El placer de hoy: cena con estrellas en el Observatori Fabra

Esta noche recorreremos Barcelona de mar a montaña y, para volver a casa, de la montaña al mar. Desde abajo, nos sentimos pequeños cuando pensamos que tenemos que llegar a lo alto del monte Tibidabo. Y, una vez arriba, comprobamos que **somos diminutos puntos entre la ciudad cosmopolita que tenemos a nuestros pies**. Pero, lo que vamos a aprender hoy es que aún somos más lilliputienses con relación a la inmensidad del universo.



"En nombre de la Reial Acadèmia de les Ciències i de les Arts de Barcelona os damos la bienvenida". Estamos en el Observatori Fabra, una atalaya privilegiada de todos los mundos. Nada más aparcar el coche, nos han ofrecido una copa de cava, que nos ha acompañado hasta la mesa número 3, donde vamos a cenar.

Estamos en pleno parque natural de Collserola. Los olores y los sonidos del bosque nos hipnotizan en seguida, haciéndonos olvidar que allí abajo la modernidad huele y suena de otra manera, más ruidosa. "Por favor, no den de comer a los jabalíes", nos solicitan. Sin duda, **hemos ido a parar a un Edén situado entre el mar y el cielo**.

Vamos a disfrutar de una Cena con Estrellas, una propuesta ya clásica del verano barcelonés -no en vano cumple 10 años- y que ofrece la posibilidad de aunar la observación de los astros y la buena cocina. En cierta manera, **en el Observatorio Fabra han creado una nueva ciencia: la (G)astronomía**, que, por encima de todo, es muy, muy romántica.



Hay más de una treintena de comensales. **Las parejitas se cogen de la mano** mientras observan, a un lado, cómo flota dentro de una copa la diminuta vela encendida que decora su mesa y, al otro, las magníficas vistas de Barcelona. El camarero nos llena la copa de vino blanco de la Terra Alta, la cogemos, nos levantamos y la degustamos de pie, en el borde del mirador.



Hacemos fotos y retenemos en nuestra retina la imagen del hotel Vela, las torres gemelas del Port Olímpic, la Sagrada Família, las Tres Chimeneas del litoral de Sant Adrià, el pirulí de Agbar o el Aeropuerto. Y es que, desde aquí, **se puede ver hasta más allá del Delta del Llobregat y de la desembocadura del Besòs**.

Aún no ha caído la noche. El azul domina el cielo y el mar. La música años 80 con la que nos han recibido da paso a un más sutil tema jazzístico, que acompaña el primer plato de la

cena: un refrescante salmorejo con tartar de tomate y ventresca de atún trufada. El chef lo ha bautizado con el sugerente nombre de *La suavidad de la Luna*, que, hoy, es de cuarto menguante.



La fachada del espléndido edificio del Observatori Fabra está iluminada de un rojo y un verde intensos. Es curioso porque son las dos tonalidades que acostumbran a utilizar los ópticos para comprobar si nuestra vista sabe distinguir bien los contrastes. **La ciencia está presente en todo lo que hacemos y vemos**. Otra lección que vamos a aprender durante esta velada.

Un vino tinto del Penedès nos baña el paladar durante el segundo plato: Filete de ibérico relleno de berenjena y piña con reducción de frutos rojos y tournedó de pollo relleno de albaricoques y mango con reducción de cítricos. Para el cocinero, se trata de los sabores que podemos degustar *Bajo el cielo azul de la Tierra*. **Nos parece otro plato muy estival** por la exquisita combinación de la carne con las frutas, especialmente, ese mango tan exótico.

Son las diez de la noche. El cielo ya es más oscuro, la ciudad se nos aparece iluminada (las casas, los coches, las calles...) y **podemos escuchar el cantar nocturno de los habitantes del bosque**. Ahora, la fachada del Observatori ha adquirido un color más magenta. Es la carta de presentación del *Universo dulce*, el delicioso postre: Pastelito de arroz con leche, helado de té verde sobre meteoritos de chocolate y chupito de crema de albahaca.



Aunque nos gustaría, el tiempo no se detiene y nos acercamos a las once de la noche. Empezamos a refrescar y nos tapamos con una manta, justo cuando Antonio Bernal, el divulgador científico del Fabra, nos da una interesante charla sobre cómo el conocimiento humano avanza solo cuando se libera de las ataduras del pasado. Y, para ello, nos pone el ejemplo de **Galileo Galilei y de Christian Huygens**, de cómo Saturno pasó de ser considerado un planeta triple a lo que es, en realidad, un planeta con anillo.



Bernal, de pie en la escalinada del Observatori, nos lo explica todo de forma muy amena, con curiosidades como que "la palabra asteroide se inventó por celos". Una de las historias que más nos llama la atención es la del astrónomo **José Comas i Solà, quien en 1907 se adelantó a su tiempo y desde Barcelona concluyó que Titán, satélite de Saturno, tenía atmósfera**. "Nadie se lo creyó", nos apunta el conferenciante, hasta que, en 1941, en Estados Unidos y con un telescopio tres veces más grande, lo corroboraron.



En este punto de la noche ya estamos fascinados. La organización nos divide en dos grupos. Nosotros vamos en el segundo y **visitamos primero la sala de exposiciones del Observatori**. Es circular y está llena de aparatos de astronomía (como el telescopio con el que Comas i Solà descubrió 11 asteroides y dos cometas), sismología (como un sismógrafo que detectó el terremoto de San Francisco) y meteorología (como un pluviómetro hecho a mano). La estancia es circular, porque, realmente, lo importante es la gran columna que hay en el centro: esconde el mecanismo de relojería que mueve el telescopio y está aislada de las vibraciones porque tiene unos cimientos diferentes a los del edificio.



Son las 23.15 horas. Ha llegado el momento de subir a la cúpula. Nos han asegurado que **vamos a poder ver a Saturno y Titán con gran nitidez**. "Está a 1.400 millones de kilómetros de distancia", nos apunta Bernal, junto al gran telescopio del Fabra, que ya tiene 109 años de vida ininterrumpida. Parece un gran cañón de aquellos de la Primera Guerra Mundial o, mejor aún, uno de aquellos del circo que disparan fantasías. Y es que, en cierta manera, cuando miramos a través de él no dejamos de proyectar en el universo nuestra capacidad de imaginar.

Efectivamente, Saturno, con su anillo, se ve a la perfección. Sonreímos, porque nos parece uno de aquellos dibujos de los Lumiére que cobraban vida en el cine. "Titán está abajo a la

izquierda. No necesita presentación porque es muy brillante", nos detalla el divulgador científico.

Una vez que hemos saciado nuestra curiosidad observando el universo, volvemos a la Tierra. **Salimos a la terraza de la cúpula**, donde, sin duda, vivimos una de las mejores experiencias de la noche: estas vistas de Barcelona, sin que ningún árbol te las tape, son un intenso soplo de vida para nuestro corazón atenazado por la cotidianidad. Detrás tenemos la elegante basílica del Tibidabo; a un lado, la torre de Collserola se alza imponente como una nave espacial que quiere tocar la luna con su punta metálica, y, en frente, la gran ciudad llena de pequeños puntitos iluminados.



Es precisamente la contaminación lumínica la que nos impide ver las estrellas. Como mucho, descubrimos la Osa Mayor. En su lugar, podemos observar por encima del mar el frenético tráfico de aviones. Junto a la barandilla, **un heliógrafo que parece la bola de cristal de una bruja, despierta nuestra curiosidad**. Filijamos la mirada en su interior y, por un extraño juego de reflejos, nos parece ver atrapada allí dentro a toda la ciudad.



Faltan veinte minutos para medianoche. Abandonamos la cúpula y bajamos otra vez para visitar la coqueta y elegante sala de conferencias del Observatori. Es de estilo modernista y cuenta con la firma del arquitecto Domènech i Estapà. Aquí nos explican la vallosa tarea meteorológica que realiza el Fabra desde siempre y que desde aquí detectan 400 sismos cada año. A través de una puerta, llegamos a una estancia anexa, ocupada por un **telescopio meridiano** y donde reposa la máscara mortuoria de Comas i Solà, que nos vuelve a poner los pies en el suelo.

A la hora de la luna, cuando un día agoniza y da paso a otro, abandonamos el Observatori Fabra. Caminamos por los jardines y nos damos cuenta de que las lámparas que nos muestran el camino son redondas, como los planetas. Y es que, después de esta velada, ya nunca más volveremos a mirar al cielo y a la Tierra con los mismos ojos.